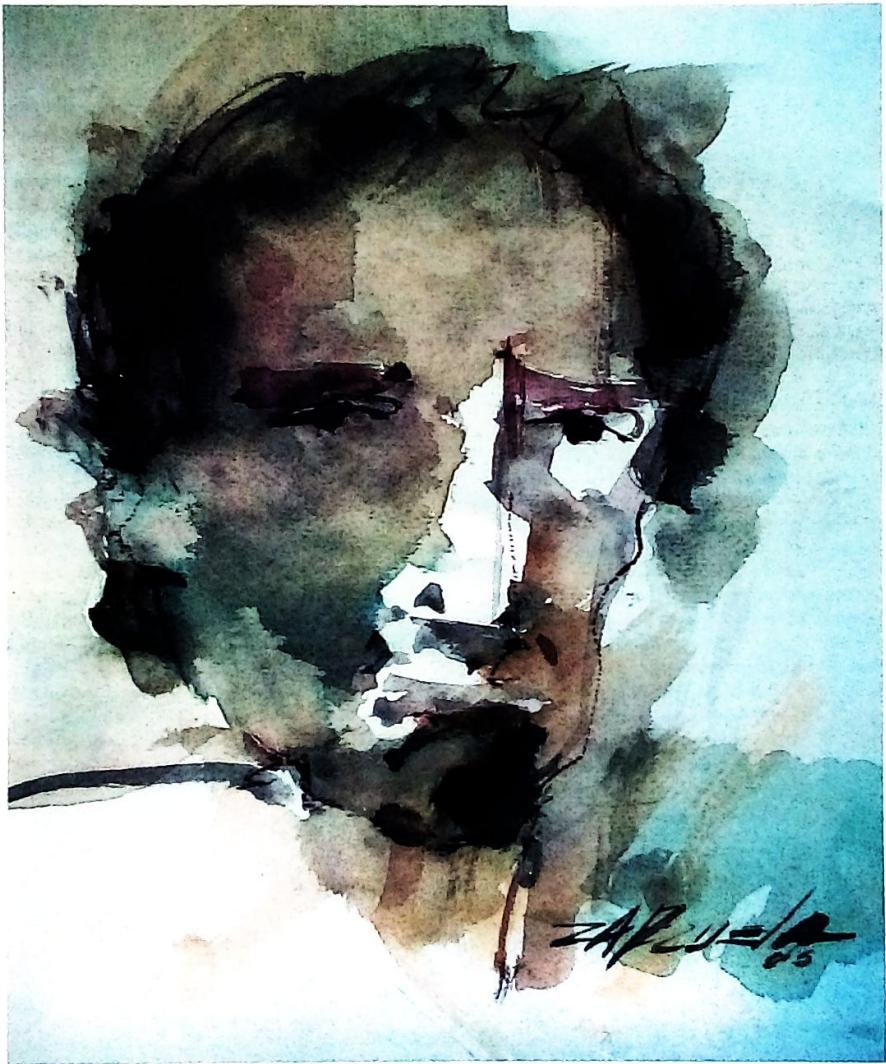




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Juan Gelman • Octavio Paz • H.C.F. Mansilla • Enrique Kempff • José G. Vargas • Julio Ortega • Franz Tamayo • Alfredo Bryce  
Casto Rojas • Miguel de Unamuno • Cergio Prudencio • Jorge Ibargüengoitia

## LA PATRIA

SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIV nº 590 Oruro, domingo 3 de enero de 2016





Erasmo Zarzuela  
"Retrato". Acuarela de 20 x 30 cm

## Hablar de mi poesía

Sería un autoolvido apropiador, como decía Kierkegaard. Opinaba que es ridículo que un autor fije los patrones para que su propia obra sea juzgada. Sin embargo, escribió no pocas páginas para explicar su obra (*Punto de vista sobre mi trabajo como autor*). Son páginas que terminó afirmando: "Callar o hablar: ambas cosas son equivocadas"

Juan Gelman (Argentina, 1930 – México, 2014) en: *Notas al pie*

## Esto y esto y esto

El surrealismo ha sido manzana de fuego en el árbol de la sintaxis  
 El surrealismo ha sido la camelia de ceniza entre los pechos de la adolescente poseída por el espectro de Orestes  
 El surrealismo ha sido el plato de lentejas que la mirada del hijo pródigo transforma en festín humeante del rey canbal  
 El surrealismo ha sido el bálsamo de Fierabrás que borra las señas del pecado original en el ombligo del lenguaje  
 El surrealismo ha sido el escupitajo en la hostia y el clavel de dinamita en el confesionario y el sésamo ábrete de las cajas de seguridad y de las rejillas de los manicomios  
 El surrealismo ha sido la llama ebria que guía los pasos del sonámbulo que camina de puntillas sobre el filo de sombra que traza la hoja de la guillotina en el cuello de los ajusticiados  
 El surrealismo ha sido el clavo ardiente en la frente del geómetra y el viento fuerte que a media noche levanta las sábanas de las vírgenes  
 El surrealismo ha sido el pan salvaje que paraliza el vientre de la Compañía de Jesús hasta que la obliga a vomitar todos sus gatos y sus diablos encerrados  
 El surrealismo ha sido el puñado de sal que disuelve los tlaconetes del realismo socialista  
 El surrealismo ha sido la corona de cartón del crítico sin cabeza y la víbora que se desliza entre las piernas de la mujer del crítico  
 El surrealismo ha sido la lepra del Occidente cristiano y el látigo de nueve cuerdas que dibuja el camino de salida hacia otras tierras y otras lenguas y otras almas sobre las espaldas del nacionalismo embrutecido y embrutecedor  
 El surrealismo ha sido el discurso del niño enterrado en cada hombre y la aspersión de silabas de leche de leonas sobre los huesos calcinados de Giordano Bruno  
 El surrealismo ha sido las botas de siete leguas de los escapados de las prisiones de la razón dialéctica y el hacha de Pulgarcito que corta los nudos de la enredadera venenosa que cubre los muros de las revoluciones petrificadas del siglo XX  
 El surrealismo ha sido esto y esto y esto

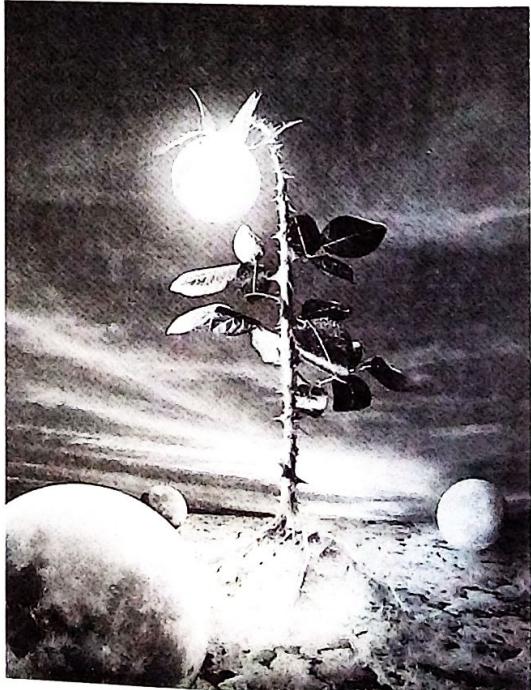
**Octavio Paz. México, 1914 – 1998.  
Premio Nobel de Literatura en 1990.**

[www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende](http://www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende)

el duende  
 director: luis urquiza m.  
 consejo editor: benjamín chávez c.  
 erasmo zarzuela c.  
 coordinación: julia garcía o.  
 diseño: david illanes  
 casilla 448 telfs. 5276816-5288500  
 elduende@zofro.com  
 lurquieta@zofro.com



*El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.*



## Los manifiestos conservadores en Bolivia: los radicales exhiben su verdadera piel

\* H. C. F. Mansilla

No sólo en Bolivia, sino en buena parte del Tercer Mundo se cuestionan enfáticamente los logros del modelo civilizatorio occidental, sobre todo en la perspectiva político-institucional, pero al mismo tiempo se quiere alcanzar rápidamente los adelantos técnicos y económicos que han surgido de ese mismo ámbito. Los intelectuales progresistas, los ideólogos de la descolonización y los representantes de concepciones teluristas, nacionalistas y socialistas han generado esta ambivalencia básica y traumática frente a la modernidad occidental, una constelación signada por la propensión a la imitación y el anhelo de producir un nuevo paradigma civilizatorio original. En el seno de esta problemática debe verse la actividad de los principales intelectuales del país, que ante los desafíos de la modernización han tratado de escudriñar y rescatar el alma del país, la esencia profunda de la tierra, por un lado, y el destino histórico del pueblo, por otro. Estas enjijadas metafísicas (el alma, la esencia, el destino) no pueden ser detectadas empíricamente. Salen a la luz únicamente mediante esfuerzos interpretativos. En este terreno los intelectuales son los llamados a descubrir y describir ese cimiento profundo, que en Bolivia ha estado en situación de vulnerabilidad a causa de las influencias externas, por ejemplo cuando la sociedad se expone a las actuales corrientes de la globalización, o anteriormente cuando sucedió la revolución de los transportes y la comunicaciones, o cuando se trató de reformar el sistema educativo boliviano.

Uno de los primeros intentos de resistir conscientemente la "importación" de los parámetros occidentales de desarrollo se dio en el campo de la educación, y ha sido hasta ahora el diseño modernizante más debatido por los intelectuales. Franz Tamayo afirmó en 1910 que los problemas de la pedagogía boliviana constituirían un asunto de la psicología nacional, es decir de la identidad profunda de la nación. Para comprender esta última no habría que ocuparse de otros países y culturas. El núcleo de la identidad resulta ser la "energía nacional", que él la definió como el orgullo, "el culto de la fuerza en todas sus formas", "el desprecio de los peligros", "el desdén de la muerte" y "el amor de la acción". Este esfuerzo teórico de Tamayo se enmarca en el vitalismo filosófico y literario, como era lo usual a comienzos del siglo XX, cuando se conjugaba un estilo altisonante, osado y belicista con reminiscencias estoiacas y románticas. Todas las cualidades nombradas no son específicamente bolivianas y pueden ser calificadas como virtudes marciales propias del irracionalismo europeo que Tamayo conoció durante su juventud. El propósito de Tamayo por captar la esencia de la identidad boliviana tiene lugar mediante un lenguaje enfático y ampuloso, pero, al mismo tiempo, impreciso y ambiguo. Haciendo gala

de un espíritu tradicionalista, Tamayo quería mantener a la mayoría de la población boliviana – los indígenas – fuera de la escuela, lo que es lo mismo que preservarlos de la incipiente modernidad, pues sostiene que estos perderían sus virtudes características: "la sobriedad, la paciencia, el trabajo", por medio del contacto con valores de orientación e instituciones "foráneas". Toda la argumentación de Tamayo puede ser calificada como un alegato contra la modernidad occidental y, al mismo tiempo, como un manifiesto conservador envuelto en un lenguaje radical. La nostalgia por la sencillez y la moralidad de la vida rural premoderna, exenta de las alienaciones contemporáneas, alimenta este tipo de argumentación.

Similar es la posición de Carlos Medinaceli, quien afirmó en 1928: "Lo corrompido en nuestro país, y más que corrompido, artificio y falso, son las ciudades y la vida de ciudad". Y prosiguió: "Lo verdadero y sano es el campo, y son las campesinas costumbres. Éramos un pueblo sano, de costumbres y vida aldeanas y feudales". Su descripción de lo negativo no dejó lugar a dudas: "La libertad y la democracia son, precisamente, dos síntomas de decadencia, de corrupción racial, social y política". Lo positivo, según Medinaceli, estaba encarnado en "la santidad campesina de la vida del hogar", a la que sería razonable regresar, pues el hombre es "más desgraciado y más esclavo" cuando se aparta de la naturaleza (el ámbito rural) y aspira a la libertad política y a la diversidad de opiniones y valores, que es lo que caracteriza el espacio urbano. Es una crítica severa de la modernidad, compartida por numerosos pensadores de la época, pues la vida de las grandes urbes, regida por el principio de eficacia y rendimiento, sería, en el fondo, un orden social insoportablemente complejo e insolitario.

En 1969 el pensador boliviano más importante del indianismo, Fausto Reinaga, había identificado los cuatro elementos de la civilización occidental que debían ser radicalmente

rechazados y eliminados porque esclavizaban a los indios sudamericanos: "el derecho romano, el código napoleónico, la democracia francesa y el marxismo-leninismo". Es muy probable que el confuso indianismo propagado por canales oficiales a partir de 2006 haya sido influido, aunque sea parcialmente, por la obra de Reinaga. Estas teorías sobre la necesidad de procesos radicales de descolonización tienen un cierto peso en el área cultural y valorativa, por ejemplo mediante las publicaciones del Viceministerio de Descolonización.

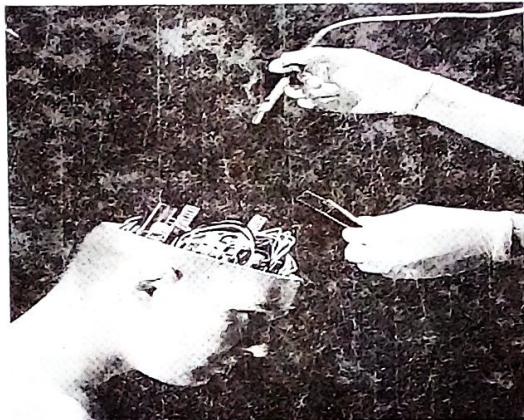
Estas teorías de la descolonización constituyen el mejor ejemplo de un "ajuste de cuentas con el otro", como afirma Javier Sanjinés en el libro teóricamente más exigente de esta tendencia: *Rescoldos del pasado* (La Paz: Plural 2009). Sin el ajuste de cuentas, según Sanjinés, no hay una posibilidad seria de avanzar hacia una sociedad emancipada. Esta obra puede ser considerada como un genuino manifiesto conservador, que, escrito en el lenguaje académico de la actualidad, postula francamente la fidelidad a un orden social arcaico –porque sería profundo y en armonía con la naturaleza–, en detrimento del orden moderno urbano, que sería una fuente artificial de corrupción y decadencia. "Lo arcaico", dice este autor, "no es lo caído en desuso, sino lo profundo". Sanjinés da a entender que los fenómenos modernos, como la formación de la nación cívica mediante la decisión consciente de los ciudadanos, representan algo superficial que no alcanza la dignidad ontológica de lo arcaico, de las estructuras comunitarias precoloniales y del modelo endógeno-indígena. La democracia en cuanto deliberación racional y abierta constituiría un factor exógeno y moderno, por lo tanto: deleitable, insustancial y hasta frívolo. No tendría la calidad y la solidez de los valores de la tradición, que son la "promesa de la continuidad"; "la fidelidad, la admiración y la gratitud". Sólo ellos evitarián "esa multiplicidad confusa de tendencias y aspiraciones que supone el libre albedrío individualista. Se trata, pues de la fidelidad a

una causa superior que supera las mudanzas del tiempo". El libro de Sanjinés resulta ser una auténtica confesión de un espíritu conservador que no quiere analizar ni criticar, sino admirar y agradecer una herencia cultural que viene de muy atrás. Hay que acercarse a ella únicamente con amor y lealtad. Es, en cierto sentido, un retorno a posiciones anteriores a todo racionalismo, una regresión a una constelación signada por una teología elemental de unas pocas creencias sólidas e inamovibles, y un claro rechazo de la pluralidad ideológica y del individualismo liberal que caracterizan a nuestra era.

Por otra parte, este libro de Sanjinés está muy a tono con las modas postmodernistas del momento. Es un texto sobre otros textos. En ningún momento discute problemas de la profusa realidad. Dialoga exclusivamente con otros escritos académicos y hasta esotéricos. En ningún momento desciende a los temas de la vida diaria. Jamás menciona los valores modernos –a menudo cosmopolitas– a los que se pliegan hoy las generaciones juveniles de origen indígena, sobre todo en las esferas del consumo, la diversión y el ocio y en la elección de la carrera profesional. Nunca se preocupa por las prácticas cotidianas sincretistas de las etnias que dice estudiar. Y, por supuesto, no considera la configuración de nuevas élites privilegiadas con inclinaciones capitalistas en medio de un régimen presuntamente igualitario.

Estas teorías dejan de lado la posibilidad de que el renacimiento del pasado mítico contenga mayoritariamente elementos de una interesada "invención de la tradición" y la probabilidad de que la memoria arcaica encierre también factores de una herencia cultural fuertemente autoritaria y adversa a la emancipación femenina. En un libro sugerente, aunque confuso, Oscar Olmedo Llanos señaló que no es casualidad que en Bolivia no se hayan publicado investigaciones sobre la estructura familiar del mundo aymara, ni tampoco en torno a las relaciones patriarcales y verticalistas que prevalecen en las comunidades campesinas; la insatisfacción crónica de las mujeres campesinas fomenta evidentemente una atmósfera generalizada de autoritarismo colectivista. Estos son temas que no despertan el interés de aquellos intelectuales consagrados a admirar los logros civilizatorios de un pasado embellecido indebidamente.

\* Hugo Celso Felipe Mansilla.  
 Doctor en filosofía.  
 Académico de la Lengua.



## Blanco y negro

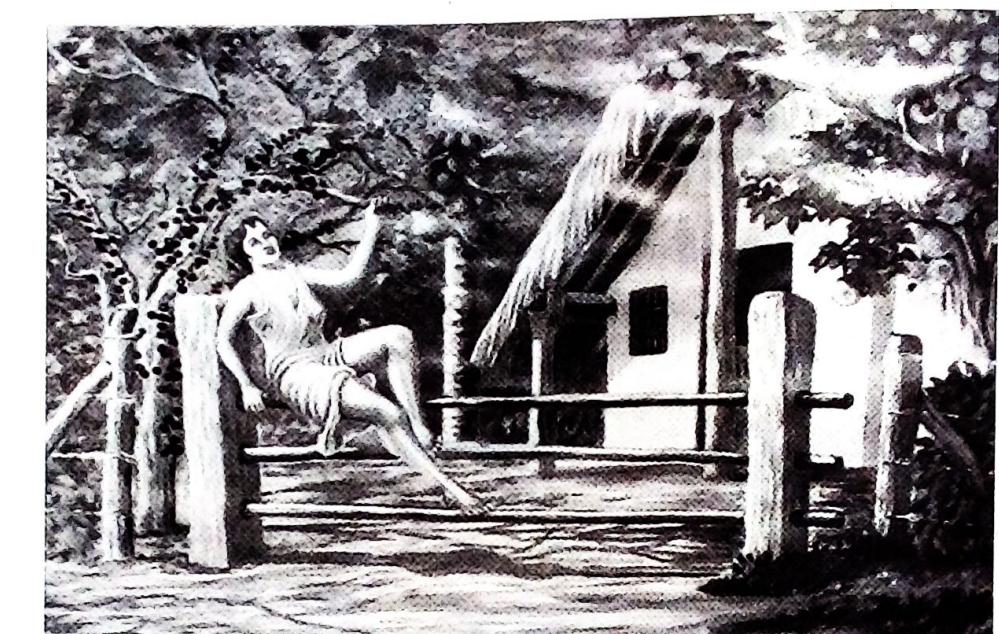
\* Enrique Kempff

Virgilio García y José Vaca nacieron en las mismas tierras bajas y calientes, respiraron el mismo aire de las siestas de fuego y transitaron los caminos de Santa Cruz. Conocieron los mismos árboles que no acaban de reflotar en las madrugadas y durmieron en las noches estrelladas, sobre el campo abierto, bajo el cielo abierto. El caso es que la búsqueda de trabajo —sencilla y común aventura de la vida—, los juntó en una hacienda grande, agreste, de tierra pródiga a todos los vientos y preñada de esperanzas. ¡Qué tierra buena aquella! El que miraba por primera vez la casa agazapada bajo los árboles, el bosque prodigioso, el río cercano lamiendo las laderas de las dunas y los toros morenos de los cambas en la brecha fructífera, sentía que había llegado a un punto crucial de la vida, hecho para nacer y para morir. Allí se conocieron Virgilio y José, al lado de la pala y el azadón, dispuestos nuevamente a empezar.

Virgilio era más de la casa. El patrón lo ocupaba en los más diversos menesteres, desde la ordeña de las vacas hasta los mandados al pueblo. Qué tipo roco era este Virgilio. Con su carota ancha y placentera, la nariz aplastada y el belfo colgante hecho para la risotada incontenible. Virgilio silbaba todo el día, sin cesar, silbaba en las mañanitas, en el trabajo a mediodía y en las tardes cálidas y transparentes. En la noche ya no silbaba. Tañía su flauta alísfera que llenaba con sus sones alegres las noches inmensas; tañía su flauta en las tormentas o en los plenilunios, en la siembra o en la zafra. Pero qué tipo este Virgilio, chocarrero y sinvergüenza. No tenía la menor idea del comedimiento y la humildad. Los patronos de varias haciendas vecinas fueron víctimas de sus hurtos y truhanerías. El nuevo patrón de la vieja hacienda lo recibió a sabiendas de su fama de pícaro incorregible y borbón de poca monta. Tenía una garantía. El padre de Virgilio, viejo camba, honrado y severo, vivía allí. Virgilio temía y respetaba a su padre. Muchas veces regresó al hogar paterno hambriento y semidesnudo. Allí encontró pan, abrigo, consejos y a veces, si hacía falta, buenos palos. El viejo don Pedro sabía hacerse respetar.

—¡Por ahí viene Virgilio! —exclamaba el patrón desde su hamaca sestera, sin cambiar su cómoda postura de reposo.

—Claro que venía! Lo sabían también los peones y las mozas, el ganado y los pájaros, y lo sabían también las abejas zumbadoras y diligentes que bailaban en los rubios panales



del colmenar. Claro que venía silbando, silbando siempre, con la camisa desabrochada mostrando la redonda barriga morena y lustrosa y el oscuro hoyuelo del ombligo.

José Vaca. Si hasta parece mentira que hubiese nacido en la misma tierra de Virgilio, que hubiera respirado el mismo aire y transitado los mismos caminos. Parece fábula que fuesen ambos de la misma raza y tuvieran los mismos abuelos entroncados en la estirpe del remoto Grigotá. José Vaca era mudez y admonición. Al mirarlo se acordaba uno de sus pecados y se olvidaba de los pájaros. Se había dedicado al parsimonioso cultivo de las hortalizas y se pasaba los días enteros junto a las almácigas, entre los nabos ventrudos y los quietos repollos. José Vaca armonizaba con sus verduras, nació para hortelano. Era ordenado y económico. Mientras los demás se divertían en la tradicional minga de los sábados, bailando, cantando y emborrachándose, José se metía en su choza, taciturno y callado, recontando mentalmente los dineros que no gastó en la diversión. Cuentan que una sola vez se emborrachó. Bebió toda la noche aguardiente barato con los peones de la hacienda. Él no pagó ni una sola copa. Bebió a costa de los demás como si les hiciera un favor, sorbiendo largos tragos de la ardiente caña cruceña. Tenía los ojos enrojecidos y la mirada abyecta. No hablaba una palabra. Al final de la fiesta no permitía que se retiraran los demás. Los obligaba a quedarse, a pagar y a beber con él. Los cambas alegres y chacoteros se quedaron hasta que alumbró el sol, y luego se durmieron bajo los árboles, en la pampa, bajo la luz perezosa del domingo. José Vaca se dirigió a su casucha sórdida

donde los esperaba su madre. José Vaca la vio atizando los leños del fogón. Le pegó en la cara y durmió su borrachera mala.

José y Virgilio frente a frente; una y otra vez. Virgilio con sus pájaros y José con sus caracoles. No podían entenderse. Luz y sombra. Blanco y negro. No se los veía juntos sino rara vez y siempre mirándose como si no se hubiesen visto nunca. José no era malo, era triste. Ayudaba a su madre, servía bien al patrón y llevaba una vida honesta. Era triste.

Ardió el monte en la hacienda. Quisieron quemar el rastrojo y la maleza, pero el viento traidor propagó las llamas por las pilas de madera y una extensión de bosque que se inflamó en la noche como una pira gigantesca. Todos miraban el fuego como quien mira su propia casa incendiada. Sólo Virgilio tocaba su flauta alegramente, solazándose ante el espectáculo del fuego. Su barriga tostada y brillosa cobraba tonos de bronce con los tonos flamígeros. Se reía y silbaba. La fiesta.

José más torvo que nunca. Ensimismado y verdosio. Se escuchaba el chisporroteo del incendio y su silencio era más hondo que nunca. Callado, mustio. Pensaba que la ola de calor podía marchitar sus lechugas o afrodisíacos melones. Infierno.

Llegó la muchacha de siempre y flechó ambos corazones. Rosa Areyú. Rosa de la pampa, embrujo y hechizo. Morena y fuerte como la tierra, cambia en flor.

El viejo miró a los dos festejantes de su hija con vieja mirada perspicaz. Pasaban los días. Virgilio silbando y cantando en las noches viejas canciones nativas a la puerta de Rosa Areyú. José charlaba con ella y hacia

planes para el porvenir. Le obsequiaba con frutas del huerto y flores silvestres. Al viejo le llevaba cestas de hortalizas y entablaban serias conversaciones sobre el cambio de luna y la siembra de sandías. Entretanto los dedos de Virgilio saltaban sobre los agujeros de la flauta y asomaba en sus anchas mejillas un rubor de aguardiente y de amor.

Fue en la Santísima Trinidad cuando se aclaró el naciente conflicto sentimental. Era una fiesta grande. De todos los contornos llegaron invitados para alabar al solo Dios verdadero. Los cambas entonaban en coro cánticos religiosos enseñados a sus abuelos por los jesuitas de la colonia y transmitidos de generación en generación. Hubo comilonas y aguardiente del bueno. Y hubo Rosa Areyú.

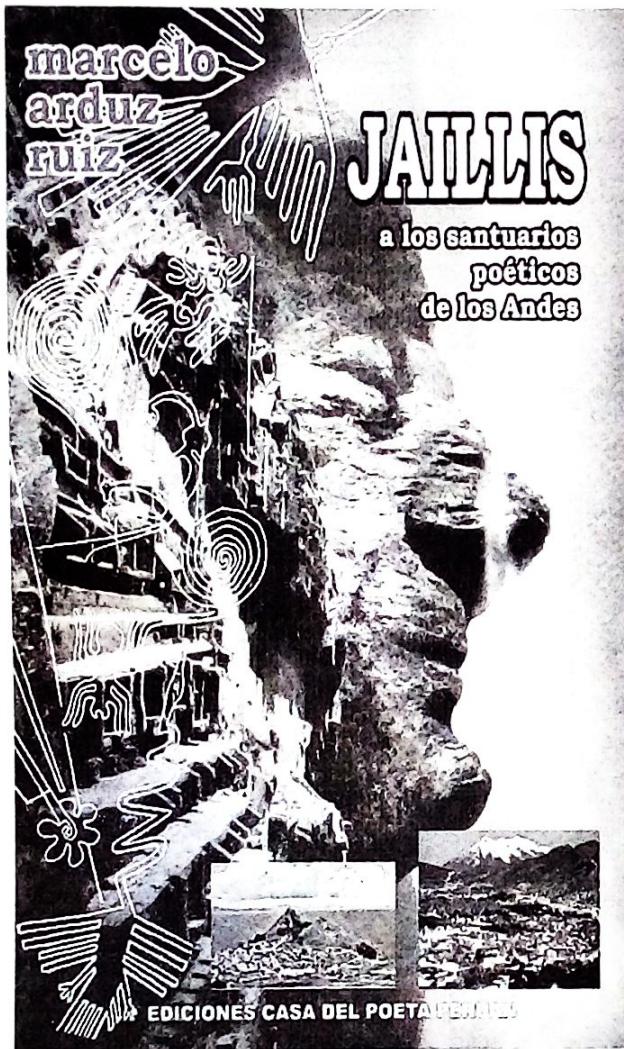
El viejo Areyú brindaba con los dos rivales. Él tenía que decidir y decidirlo en la misma fiesta según se decía. ¡Camba taimado! Gozaba con la incertidumbre de los pretendientes. Bebián de la misma botella y hablaban de todo sin tocar el punto crítico. Rosa revoloteaba como una mariposa morena junto a ellos. Inquieta como un pececillo, nerviosa como una libélula. De golpe habló el viejo:

—Oí, José! ¿Pa cuándo el casorio? Al día siguiente nadie pudo encontrar a Virgilio García ni a Rosa Areyú. Y desapareció un caballo del patrón.

\* Enrique Kempff Mercado.  
Santa Cruz, 1920-2008.  
Narrador, poeta y ensayista.  
De: "Los mejores cuentos bolivianos del siglo XX" compilado por Ricardo P. Poppe

## Poeta tarijeño

\* José G. Vargas



El World Festival of Poetry (WFP), es un evento poético itinerante que viaja alrededor del mundo con un grupo de poetas procedentes de diversas nacionalidades en afán de confraternizar en cada una de las escalas que realiza con los vates de un determinado país, con el propósito de destacar sus principales santuarios poéticos como una muestra de paz, amistad y comprensión entre los pueblos y naciones.

En 2013, este raro privilegio le correspondió a las nacionalidades del Perú y Bolivia juntas, cuando los visitantes extranjeros se dieron cita en la antigua capital imperial de los Incas (Cusco) y luego de recorrer los caminos del Valle Sagrado y los sitios más relevantes de la región, siguieron la ruta precolombina del Qhapacnán para conectar con los territorios situados hacia el sur en el actual Estado Plurinacional de Bolivia.

Entre el más de medio centenar de poetas extranjeros que acudieron a la convocatoria, cabe recordar a Nana Nestoros (Grecia),

Mark Lipman (EEUU), Krister Michaels (Canadá), Martina Wajdanek (Polonia), Andreas Jurgensen (Alemania), Leonid Soukhorev (Rusia), Matsushiro Hitaro (Japón), Ariel Shiloubar y Ben Haroud (Israel), Jeremy Clevatt y Chloé Seveug (Francia), Cayo da Silva (Brasil), Liliana Quinto y Boris Espozúa (Perú), que orientaron primero sus pasos hacia el Salar de Uyuni a fin de consagrarse esta maravilla natural del país como Santuario Poético del mundo.

La sesión inaugural del encuentro la realizaron en el Museo Nacional de Arte de la ciudad de Nuestra Señora de La Paz, Urí Zambrano de Bélgica, Marhnaz Badihian de Irán y Jahangir Sadeghi de la lejana Mesopotamia, realizando una simbólica ofrenda en poesía a las divinidades andinas y cosmogónicas.

Sin duda, durante la sesión del acto inaugural de la reunión al autor le correspondió leer el poema más significativo de toda la serie, dedicado a los Monolitos de Tiwanaku,

en el que en albores del solsticio de invierno, al soplo de lo real maravilloso cobran vida:

*"mueven el  
blanco de la retina  
de un lado a otro  
cual reloj de comedor"*

*"asoman a su sien  
amarillas mariposas  
en sueños todavía  
no soñados"*

*"...y una sonrisa  
alumbra sus  
dientes corroídos  
por los siglos"*

*"ellos mismos  
dicen que  
están vivos"*

*"tienen carnet de identidad y responden  
por sus nombres"*

*"vuelan en el viento  
y caminan sobre  
las aguas del lago  
pastoreando un rebaño  
de cordilleras..."*

En los versos que siguen, al lector le toca presenciar sobre la árida y desolada altiplanicie una inusual cita a la cual acuden en hora puntual:

*"encienden fogatas y  
envían señales de humo  
a sus antepasados"*

*"en errátil azul  
leen las lluvias  
que vendrán"*

*"acullican coca  
y se embriagan  
con la luz"*

*"como cóndores  
danzan en círculos  
tocando zampoñas..."*

Finalmente, cansados se sientan y entristecen al contemplar el ocaso y al perder sentido su existencia se mueren de pie, sin epitafios, envueltos entre brumas de olvido y solidas penumbras. Y solamente al viento se le ocurre interrogar: "¿se habrán muerto?..." En los dos días de permanencia en la sede del gobierno boliviano en viñopas de la primavera, los poetas leyeron sus versos, visitaron el Museo Tiwanaku y los principales repositorios de arte de la ciudad, para en la recta final dirigirse en caravana hacia Compi, a orillas del lago sagrado, concluyendo el recorrido en Yungas, en los umbrales mismos de tierras amazónicas.

A fin de que no se pierdan los rastros de la lírica caravana de poetas arribados desde el Perú, bajo patrocinio de la Casa del Poeta

Peruano en la presente colección de versos se rescatan los textos dedicados por el poeta boliviano Marcelo Arduz Ruiz a los principales trayectos por donde transitara la comitiva de los ilustres visitantes. El llamado "tarijeño universal", entre sus versos destaca los de Machu Picchu, Nazca, Islas Ballestas, Uyuni, Titicaca, la ciudad de La Paz y Tiwanaku. Se trata de un conjunto de composiciones de bella pedrería poética, desligada del realismo costumbrista, que remarcan las metáforas de lo ancestral bajo tónica vanguardista con matices de "paisajes fabricados", si vale el término.

Como discípulo del poeta boliviano Eugen Gomringer y la gran amistad que durante su estancia en Brasil cultivara con Haroldo de Campos, Arduz se constituye uno de los poetas claves de la llamada Poesía Concreta en ámbito hispanoamericano.

El consagrado poeta y crítico Julio de la Vega, llegó a establecer cierto paralelo de este fenómeno cultural con el Modernismo alentado por la trilogía de Darío, Lugones y el poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre a comienzos del Siglo XX...

Se trata de un conjunto de composiciones de bella pedrería poética. Entre los poemas del "tarijeño universal" reunidos en la presente colección de versos, destacan los de Machu Picchu, Nazca, Islas Ballestas, Titicaca, Tiwanaku, Uyuni, La Paz y Yungas. Se trata de un conjunto de composiciones de bella pedrería poética, desligada del realismo costumbrista, al remarcar las metáforas lo ancestral bajo una tónica vanguardista que les otorga a momentos matices de "paisajes fabricados", si vale el término.

Como discípulo del poeta boliviano Eugen Gomringer y la gran amistad que durante su estancia en Brasil cultivara con Haroldo de Campos, Arduz se constituye uno de los poetas claves de la llamada Poesía Concreta en ámbito hispanoamericano.

El desaparecido poeta y crítico Julio de la Vega, llega a establecer cierto paralelo de este fenómeno cultural con el Modernismo alentado por la trilogía de Darío, Lugones y el poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre a comienzos del Siglo XX.

Sigamos, pues sus versos, como se siguen las huellas de las gaviotas estampadas entre abandonadas y desérticas playas, para ver hasta dónde llega su osadía en esta nueva aventura poética hacia la cual orienta sus pasos...

\* José Guillermo Vargas Rodríguez.  
Presidente de la Casa del Poeta Peruano



## Los papeles de José Donoso: Secretos sin con...

\* Julio Ortega

El diario chileno *La Tercera* dedicó una serie de reportajes (cinco informes y entrevistas entre el 27 de abril y el 18 de mayo de 2003) a revelar que José Donoso (1924-1996) había sido secretamente homosexual. En una poco escrupulosa manipulación del archivo personal del autor, que está en la Universidad de Iowa, ese tabloide empezó identificando la escritura liberadora de *Coronación* (1957) con el "momento en que superó inconfesados temores y asumió 'sin vergüenza' su amor por un hombre". Los papeles (mayormente notas y manuscritos de enorme valor documental) fueron, así, convertidos en piedra de escándalo. "Correspondido o no, este sentimiento de José Donoso hacia su amigo revela una parte de la personalidad del novelista que hasta ahora había permanecido inédita", enfatiza el vespertino, violentando la vida privada del escritor, cuya sexualidad no es parte de su personalidad sino de su humanidad.

El 11 de febrero de 1957, Donoso anotó: "por fin soy feliz (...). Siento que mi vida está tomando un verdadero curso, un curso único. Mi amor por José Miguel, que había estado hecho de escombros o de cosas sin construir, enunciadas por la sombra de un mundo naturalmente hostil a tales cosas, (...) ha vuelto, y no me avergüenzo de él, más bien siento que tiene la simplicidad y el abandono de todas estas cosas", leemos. El diario advierte: "La persona a la que se refiere el escritor es José Miguel O., quien por entonces tenía 21 años". Dicen su edad pero callan su nombre, no por discreción sino por pausa retórica en las malas artes del chisme.

"Mi ternura infinita hacia él. Mi respeto por sus grandes y nobles cualidades de hombre. Mi tremenda, violenta, incontenible admiración por su belleza. Mi asombro ante su purísima juventud. ¿Cómo no amar, cómo no asombrarse? ¿Cómo no desear recibir de un ser así todo lo que sea capaz de dar, y a mi vez, dársele todo?"

Más que la "extensión del crimen" (como dice Oteo), llama la atención el hecho de que Donoso tenía 32 años cuando hizo esa nota. El filósofo Michel Foucault escribió su *Historia de la sexualidad* para demostrar que el "crimen" no tiene edad, y que le danos el nombre de una sanción a un estado indiferenciado del deseo. Pero como el escritor, precisamente, se asoma al dictamen de su deseo y requiere nombrarlo, su dilema está hecho de preguntas ("cómo no amar", "cómo no desear") menos retóricas que la misma confesión.

Las otras confesiones están en las cartas de Donoso a María Pilar Serrano, escritas en 1961, un año antes de su matrimonio: se ha conmovido, le dice, al encontrar a una pareja homosexual y feliz. Y le pregunta, "¿Hasta dónde puede llegar a destruir nuestra vida, esa envidia mía por una situación homosexual?" En otra carta, responde: "La tentación es inmensa, terrible pero resulta de eso (asumir una vida homosexual) me produciría tanto o más dolor que el no hacerlo. Mi neurosis es debida, ahora, a esa sensación de estar viviendo sobre arena movediza". El deseo (entre paréntesis) osa decir su nombre. Sintomáticamente Pilar, ese mismo año, lo decide: se casarán, le escribe.

El diario chileno anuncia que "pudo revisar" los papeles de Donoso "previo permiso" de la Biblioteca de la Universidad de Iowa. Pero esta advierte que las

cartas de Donoso a Marín Pilar, escritas entre 1958 y 1961, son de lectura restringida. Como si la indeterminación de la sexualidad no pasase por la censura sino por la confesión, Donoso le escribe a su padre: "¡Y es virgen, papá! ¿Se imagina qué horror? No puedo hacer que se acueste

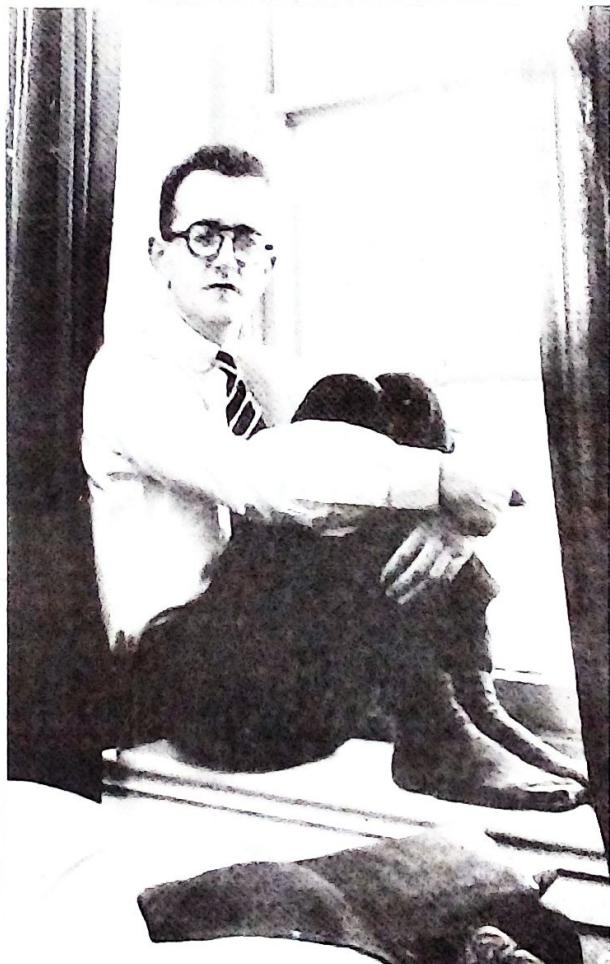
finalista, hay que decir), y me convenció de llamar a Madrid para saber el resultado. Yo había tratado de disuadirlo porque estaba seguro de que otra vez lo perdería. Se lo merecía más que nadie pero era un escritor, como algunos de los mejores, perdedor; esto es, siempre desubicado y casi relegado. Tenía un encanto pre-freudiano, una inocencia desinhibida y vulnerable.

Carlos Fuentes, con esa fidelidad suya, votaba todos los años por él y en vano. En casa del escritor Robert Coover, esa noche, conoció al novelista John Hawkes y a Robert Scholes. Pepe fascinó a todos. Lo vi en el centro de la sala, rodeado y feliz, en la intimidad que había forjado. Me dijo con entusiasmo:

"Hemos descubierto que tenemos mucho en común, empezando por la sordera". Hawkes, autor de *Las naranjas sangrientas*, creía que *El obsceno pájaro de la noche* es una de las grandes novelas contemporáneas. Fuentes asegura que el "boom" nació el día que le habló por teléfono a Pepe para contarle que *Coronación* sería traducida al inglés. Se escuchó "¡boom!", y Pilar tomó el teléfono para explicar que su marido había caído desmayado. Pepe tenía las virtudes del escritor "amateur", el candor de contarlo casi todo, y el aire gozoso de ser reconocido. Por eso, cuando en una visita a Nueva York su editor lo invitó a una cena de escritores famosos, se sintió en la gloria. Pero le tocó sentirse (horror) frente a Susan Sontag, quien de pronto le habló: "Pepe,

después de *El obsceno pájaro de la noche* no he leído nada bueno tuyo, ¿has publicado algo más?" A nadie más vulnerable podía ella haber agredido esa noche. Aunque me parece que, al contarla, él saboreaba el elogio a su novela herida.

También es cierto que los apetitos de la inocencia son el camino más corto al malentendido, en cuyos bordes Pepe zozobraba. Uno no se encontraba con nadie en el tren a París, pero estoy seguro de que no soy el único de haberlo compartido con los Donoso desde Barcelona. Debe haber sido la primavera de 1972. Pepe iba vestido de expedicionario, de lino y botas altas cruzadas de broches; tenía



José Donoso

conmigo, aunque tiene más de treinta años". Ninguna pareja es imposible, sólo que estas cartas y notas parecen contaminadas del discurso del sofá. Donoso estaba bajo el cuidado de su psiquiatra, aunque la "carta al padre" no sólo lleva la cruda pedagogía de la confesión; también la escena primaria de las recusaciones.

Cuando me enteré de estos artículos y su repercusión, pensé que Donoso había planeado su último asalto a la fama póstuma, aunque fuese una de trámite escabroso. Recuerdo bien que visitó la universidad de Brown, donde trabajó, el día que se dictaminaba el premio Cervantes. Pepe estaba en la lista de los finalistas (siempre fue un

el aire estr... exaltado po... ción al frang... chón de la e... caserón am... XVIII. Reg... ces uno cre... los pollo... su *Historia... carta o caríc... lida, nunca p...*

Mucho p... contaron, n... Santiago. Na... dos con alg... la invitaci... acogieron ar... su taller liter... como maest... amigos han... doméstica.

Esther E... su carácter t... concluye, ca... sexualidad e... los hombres... que los ingl... pasa y alg... Donoso, a q... la intimid... Fernanda Ba... mas, fue el p... Donoso en la... dad. "A José... vida", senten...

El últim... "El renacer p... y Carlos Fra... de Donoso, ... un secreto o... bien". Y cre... Biblioteca de... su vida fuese... sexualidad e... que olvidar...

Pero si... ahora aguar... mal leido qu... xual, leido e... quienes cre... Tal vez al e... periodistas y... perdamos d... como po... Aunque, qui... resulte más... "Santiago Ga... y "Tu chai..."

fesor

salario de un Tintín retirado y feliz. Estaba que llevaba las pruebas de su primera traducción. Agotaban historias de Calaicete, el poblado donde vivían. Se habían comprado un inodoro creyendo que era un castillo del siglo XVII. Llevaban un mapa esperando visitas, pero entonces, con Max Jacob, que el campo es allí donde corren crudos. Algunos se enfadaron con "personal boom" (1972) pero si él citó una australizada a alguien, fue por su desmesura desvergonzada.

Más tarde, paseando el malecón de Sitges me designados, que habían decidido volver a lo entendían los protocolos catalanes, resentidos unos nativos que no les habían correspondido a cenar. Donoso le temía a Santiago, pero los amistosamente, y hasta se reanimó mucho con el contrario y los nuevos escritores que lo reconocían como. Pero no había previsto que algunos de sus fan de sus viejas confesiones una lectura

Edwards declara que de chico, "impulsado por un bromista, se disfrazaba de niña gorda". Y así como un personaje de Donoso: "la homosexualidad algo natural a cierta edad en la mayoría de los, cuando se dan estas amistades muy íntimas deseas asumir con tanta gracia. A todos les pareció le debe haber sucedido a Pepe quien conoció desde los 17 años" ("Libro devocionario de José Donoso", La Tercera, mayo 5). Salmaceda, en su *De zorros, amores y palacios*, primero en dar a conocer una carta del joven donoso que implica, no sin pudor, su homosexualidad. Donoso su homosexualidad le distorsionó la conciencia.

Un artículo del diario chileno titula, sin ironía, "postumo de José Donoso". Gonzalo Contreras anz, dos de los brillantes narradores del taller coinciden en que su "bisexualidad" (...) "era que los cercanos a Pepe guardábamos también que si el escritor entregó esos papeles a la Universidad de Iowa es porque quería que ese aspecto de su conocido". O, tal vez, porque no asumía su sexualidad como un estigma que tachar ni una angustia. Y quizás se hubiese sorprendido de que esa sexualidad fuera considerada determinante de "la de los mundos que crea".

La fama es de por sí un malentendido, la que da a José Donoso no será la del gran escritor que siempre fue, sino la del novelista homosexual en clave de travesti y *queer* para entusiasmo de haberle hecho el favor de sacarlo del closet. Extraviar el enigma de su privacidad, entre los y los profesores que llevan agua a su molino, de vista el temblor antiguo de una obra que, se resiste a ser procesada. Quién sabe, de pronto esta sobrevida póstuma le propicia. Por lo pronto, ha sido acogido por *iby.com*, entre las secciones "Chico del mes"

\* Julio Ortega. Crítico peruano  
Tomado de Letras S5 - 2003

## Administradores

\* Franz Tamayo



Grande arte es saber hacer.

Dos cosas hacen al hombre de estado: el conocimiento de hombres y de cosas por una parte, la voluntad de obrar por otra.

Hombres hay que a pesar de una gran preparación intelectual, no por no haberse refregado jamás con los negocios de la vida corriente, llevan a la administración pública un intelecto nutritivo pero estéril, y llevan suficiencia de ensayo en ensayo, digo de error en error.

Otros por el contrario, armados de un entusiasmo energético y sano, hombre de buena voluntad y buena intención, con una excesiva confianza en sí mismos, desconociendo la fuerza y el saber de los demás hombres y pensando que todo lo excusa la patriótica intención, llevan al negocio público una acción fecunda tal vez, pero que nunca deja de comportar desaciertos, a veces de carácter irreparable. Esta es una de las formas de la inexperiencia política: el desconocimiento de los hombres y la mucha confianza en el propio patriotismo.

El demasiado ardor por el bien patrio, como todo exceso, es siempre malo, pues en ciertos casos puede llegar a ofuscar una facultad indispensable en el hombre de estado: el frío y libre criterio de las cosas. *Est modus in rebus*: las cosas tienen su medida.

Vivimos en un tiempo en que la ciencia política ha llegado a su más alto grado de perfección y madurez; pero para alcanzarla precisa salir un poco de los estrechos límites de la patria boliviana. Es en la Europa occidental, en los Estados Unidos, es en el lejano Japón donde debemos de buscar las grandes lecciones políticas.

¿Qué es en estos célebres países la política? Es tal vez la arena en que chocan y luchan grandes y profundos principios y tendencias religiosas como en la antigua Asia o en la Europa medieval? ¿O es tal vez el campo en que combaten las grandes pasiones populares o de casta como en la Grecia de Alcibiades o en la Italia de Médicis y Borgias?

¡O es por ventura el teatro ideal en que se traducen y personalizan generosas especulaciones políticas a la manera de Platón o de Kant, de Hobbes o de Comte?

¡No señor, nada de eso!

La política de hoy, gracias a cuatro mil años de experiencia y de desastres —la grande, la única, la verdadera política—, es un

negocio, el más vasto, el más comprensivo de los negocios humanos.

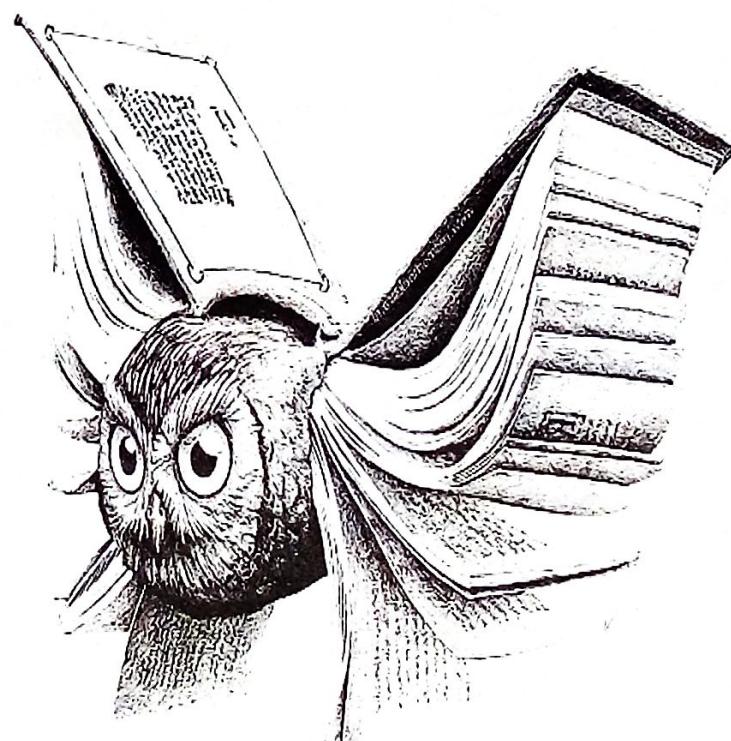
Es esta verdad que, a martillazos, debemos clavar en la cabeza de nuestros gobernantes; y como regla universal es el desconocimiento de esta verdad, grande como el mundo, el origen de todos los errores de nuestros mejores hombres públicos.

Necesitamos hombres prácticos y preparados, hombres todo experiencia y todo

muros de pobreza e ignorancia en que vivimos aprisionados!

Busquemos la gente rica de propia experiencia, y rota en el *struggle for life* diario e implacable. Esos mamaron directamente savia de verdad y energía de la ubre de las realidades, y son discípulos y favoritos de la ruda naturaleza.

Busquemos verdaderos *business men* para la cosa pública, verdaderos administradores



voluntad, y no fabricantes de discursos, doradores y adoradores de la propia gloria o vanagloria.

La instrucción pública, la milicia, las finanzas nacionales, la industria y el comercio, la higiene y la salud pública son otros tantos negocios que demandan compleja y laboriosa preparación.

Y se necesita un conocimiento íntimo de la geografía del país, ya de su historia industrial, política o financiera, o de sus condiciones étnicas y morales, y por sobre todo esto la justa ponderación de sus fuerzas y necesidades. Además, precisa conocer lo que pasa en cada una de estas ramas de la administración pública en países que puede servirnos de lección y modelo. ¡Qué experiencia podemos tomar, sin salir de los cuatro

dores políticos, aunque el epíteto sea modesto; y pongamos en la medida de lo posible, como dicen los ingleses:

*The right man in the right place*

**Franz Tamayo Solares.**  
**La Paz, 1879 – 1956.**  
**Poeta, político y diplomático.**

De: "Colección de Folletos Bolivianos"  
 volumen II – 1983-5



## El poder, la gloria y el vodka

\* Alfredo Bryce

Ya se las sabía todas, Alfonso Barrantes Lingán, cuando de verdad lo conocí. Atrás habían quedado los años en que fue exitoso alcalde socialista de la ciudad de Lima, y, después, el candidato presidencial más votado que jamás tuvo la izquierda democrática en el Perú. Y también la izquierda antidemocrática disfrazada de cordero, en aquellas elecciones de 1985, en las que tanto ex maoísta o ex trotskista –o simplemente ex antidemócrata– se subió al carro del parlamentarismo, gracias, entre otras cosas, a la tolerante actitud de un Alfonso Barrantes, que ya entonces empezaba a saber más por viejo que por diablo y que en aquel momento logró hacer comer en un solo plato a toda una jauría de ambiciosos y caudillistas perros celosos, ambiciosos y caudillistas gatos escindidos, y caudillistas y ambiciosos pericos ególatras. En fin, toda aquella izquierda unida que jamás iba a ser vencida y que el desborde popular y su falta de credibilidad, de vergüenza y de todo, dejó cual caminito que el tiempo ha borrado, en inútil busca de un tiempo irremediablemente perdido en broncas y entreveros y escisiones mil. Porque la verdad, creo yo, jamás en la historia de la humanidad se ha dividido y escindido nada tanto como la izquierda peruana y, a título de mordaz ejemplo, viene a cuento intercalar aquí la historia que me contó un amigo sobre uno de estos líderes, muy izquierdista y siempre escindido, él. De nombre de pila Santiago Pinelo y de nombre de combatiente –desde las trincheras de la revolución–, el santoral entero, porque a cada escisión nuevo nombre de combate y clandestinidad, el tal Santiago Pinelo heredó de su padre un paquete de acciones del Club de Regatas Lima, que lo hizo socio de esta prestigiosa institución casi automáticamente. A las pocas semanas, contaba mi amigo, ya había Club de Regatas Lima y Club de Regatas Lima Rebelde fruto de una escisión, en cuyo origen, cómo no, estaba Santiago Pinelo, que, por lo demás, siempre abandonaba las reuniones antes de tiempo, con el pretexto de que tenía –sí, tal como me lo contaron, louento–, tenía una cita con la historia. En fin, con beneficio de inventario, pero *Se non e vero e ben trovato*, todo esto del Club de Regatas Rebelde y las citas con la historia, que me contó un amigo, yuento yo aquí, tal cual.

Según sus propias palabras –tras conocer los minúsculos resultados de su izquierda socialista, en las elecciones de 1990–, Alfonso Barrantes Lingán ya “había sido flajelado por la historia”, cuando empezó nuestra verdadera amistad. Creo que él no me había visto con muy buenos ojos, antes de esto, y yo como que ni siquiera lo había visto, hasta entonces, la verdad. Y fue en los años

en que viví en Madrid cuando realmente empezamos a frecuentarnos y conversar seriamente. El hombre estaba de vuelta de mil hazañas, aunque jamás abandonaba la idea –que en él, creo, fue siempre más un ideal que una idea– de hacer algo por la mayoría pobre de nuestro país. Y quería contar siempre con mi apoyo, aunque este se limitara a la mera aprobación gestual de sus acciones, porque, en Madrid, o desde Madrid, la verdad es que poco podía hacer yo por tan inmenso ideal, aparte de no estorbar.

Y por supuesto que yo tampoco quisiera estorbar, ni mucho menos intervenir, ni siquiera decir esta boca es mía, aquel inver-

Habíamos quedado en almorzar juntos y él ya tenía mesa reservada donde Pedrito Solari, uno de esos excelentes cocineros limeños que lo atienden a uno en su propia casa o en un local muy pequeño, cuya ubicación sólo se conoce de oídas. En Lima los llaman *huecos*, y hay clientes que llevan incluso sus propias bebidas, para evitar luego uno de esos cuentones. Pedrito Solari se jactaba de haberle cocinado a todos los presidentes del Perú, desde el mariscal Benavides, hasta el presente de 1995, y a mí abuelo materno, que fue presidente de muchas cosas, mas no del Perú, gracias a Dios, lo recordaba muy parecido al coronel Aureliano Buendía, el de *Cien*

que a Alfonso Barrantes le importara hasta tal punto el más elemental reconocimiento público. Unas cien mil veces en el trayecto por varios distritos limeños, desde Barranco hasta Jesús María, se detuvo en semáforos y esquinas que realmente existieron –pero también en semáforos y esquinas que jamás existieron, y lo peor es que estos últimos iban en aumento– para devolverle el salud y la bocanita al ciudadano/ciudadana peruana/peruano, que, a través de la ventanilla de su automóvil, le enviaba un adiosito de salud, de reconocimiento, de agradecimiento, de admiración y de salud patrio, a su mejor ex alcalde y a su más querido e inolvidable ex candidato, al entrañable, inolvidable Frijolito, o, claro, también doctor Alfonso Barrantes Lingán, el hombre que predicó con el ejemplo honradez en el desierto muladar de la política criolla. Y me decía, una y otra vez, y seguro era verdad, pero podemos estrellarnos, Alfonso...

–Yo seré recordado siempre por mis compatriotas, querido Alfredo, por tres razones. La primera: porque creé el vaso de leche para los niños. Y los niños no votan, querido Alfredo. La segunda razón por la que será recordado es este escarabajo celeste, querido Alfredo, más viejo que Matusalén. Claro: yo pude haber sido congresista eterno y ahora mismo podría estar llevando en un Volvo de lunas negras, querido Alfredo. Y, sin embargo, mira tú el auto en que, tacá-taca, te estoy llevando. Eso el pueblo también lo recuerda. Y la tercera razón por la que siempre me recuerda el pueblo es porque fui enamorado de Paloma San Basilio y a la gente le encanta saber que su alcalde también tiene su corazoncito, querido Alfredo.

Varias cosas hacen que este viaje con Alfonso Barrantes lo lleve en el alma. El recorrido entero, el de ida y el de vuelta. Alfonso había llevado la botella de vodka Absolut porque sabía que me gustaba, aunque desgraciadamente yo no podía beber, aquel día, y el hombre se la metió íntegra al cuerpo con hielo y agua tónica, durante la larga sobremesa con varios oficiales de policía que festejaban algo en el comedor de al lado, y que, felizmente, lo reconocieron, se nos unieron –me llenaron de tarjetas, dicho sea de paso– y bebieron con sincero afecto a su buena salud y larga y honorable vida ciudadana. Y después de haber dado cuenta total, también, el gran Alfonso, de una botella de vino tinto, con los excelentes consumos que nos preparó Pedrito Solari, su viejo amigo. Más los pisco saucers del aperitivo, invitación de la casa, que también se echó al cuerpo por partida doble –su pisco y el mío– el hombre, por las tres razones por las cuales el pueblo peruano siempre lo recordaría, en todas las esquinas y semáforos que me pongan por delante, querido Alfredo.

Lo malo es que yo desde Barranco había empezado a notar lo ingrato que puede ser el pueblo peruano con sus ex alcaldes y ex can-



Alfonso Barrantes Lingán

nal anochecer limeño de agosto de 1995. Estaba pasando una temporada en Lima y me habían prestado un departamento frente al mar, en Barranco. Aunque frente o de espaldas al mar resulta casi exactamente lo mismo, en los balnearios limeños, porque uno se cansa de mirar y mirar sin ver absolutamente nada entre la neblina. Aunque, bueno, yo aquel día sí pude distinguir a Alfonso Barrantes e incluso una botella de vodka marca Absolut, que me venían a buscar entre una bruma que se prestaba como nada en esta vida a la nostalgia y la melancolía. Vestido como siempre de azul marino y corbata oscura sobre fondo de camisa blanca, Alfonso Barrantes estaba más parecido que nunca a su, apodo: Frijolito.

años..., sobre todo por la secreta ansiedad y el ensimismamiento con que colecciónaba monedas de oro. Es cierto que mi abuelo era muy callado y colecciónaba monedas de oro.

Y también es cierto que, durante el largo trayecto desde Barranco hasta la horrible casona de Pedrito Solari, en Jesús María –que en el Volkswagen “escarabajo” celeste y tacá-taca de Frijolito se hizo tan entrañable como larguísimo–, a este le entró un inesperado ataque de nostalgia del poder. ¡Qué bárbaro! Al ex alcalde ex candidato aquel día realmente le dio un tremendo ataque de nostalgia de poder y sobre todo de gloria. Ya dije antes que aquel día de limeño invierno se prestaba mucho a la melancolía y a la nostalgia, pero jamás se me habría ocurrido pensar

didatos. Porque ya iban varios semáforos y esquinas, de los verdaderos y de los otros, sin saludo ni guiño de ojos ni nada, de nadie, y era más bien Alfonso quien le tocaba la bocinita a las personas de al lado y les hacía todo tipo de saludos desde el inolvidable taca-taca celeste, obligándolos a responderle adiositamente, aunque a veces también sin sonrisa ni nada. Y la cosa fue en aumento por el distrito de Miraflores y en el de San Isidro yo creo que perdimos por goleada, aunque es verdad que por Lince la cosa mejoró bastante y hasta nos dio para llegar en buen estado recordatorio a Jesús María, donde Pedrito Solari.

Pero también es cierto que, cada vez que he contado esta historia en público, ha aparecido algún limeño aguafiestas que me ha señalado que, para llegar a Jesús María, desde Barranco, es totalmente innecesario pasar por Lince. Que, sin duda, Frijolito se metió algo demagógicamente por un distrito de menor poder adquisitivo y, por consiguiente, más izquierdoso; por ahí era mucho más probable que alguien lo reconociera. No me meto. Lo registro notarialmente todo, y punto. Y sólo repito una vez más lo que ya antes he escrito: aquel día de invierno limeño era un día perfecto para la melancolía y la nostalgia. Era casi lógico, pues, que aquel hombre realmente honrado y entrañable, tremendamente irónico y fino, también, hubiera caído en la trampa que entre ambas le habían tendido. Necesitaba ver adioses, escuchar bocinas, saludos, ser reconocido, bien recordado, permanecer en la mente y en el corazón de sus compatriotas. y, si para eso había que alterar un poquito el orden de los saludos, qué importaba, igual que cuando se altera el orden de factores, el resultado es siempre el mismo y para eso estaba yo ahí a su

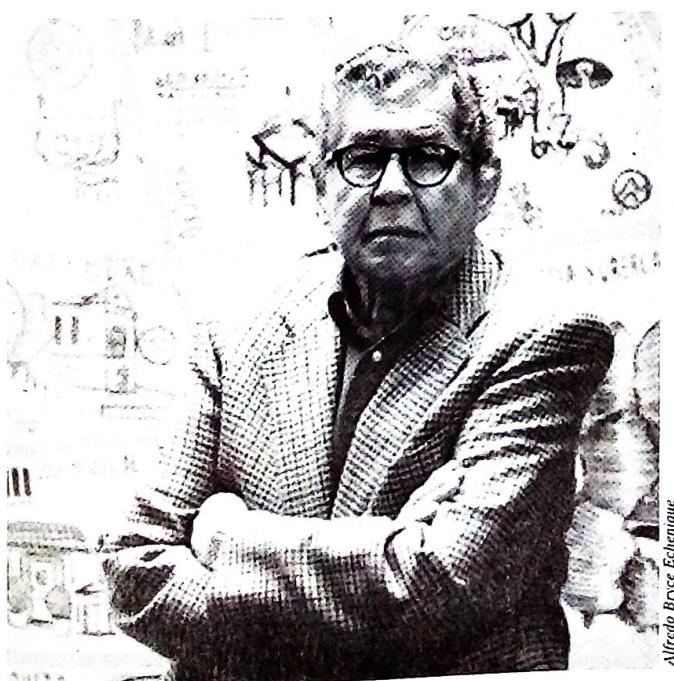
lado, para ver sus excelentes resultados, para alegrarme y festejar sinceramente, como amigo y como peruviano.

Todo esto, a la salida, una triunfal salida en la que los oficiales de la policía realmente le mostraron afecto y hasta le ofrecieron protección, porque cómo puede un hombre como usted andar por Lima sin protección, don Alfonso:

—Pues porque, como le vengo diciendo aquí, a mi querido amigo Alfredo, el pueblo peruano siempre me recordará por tres razones. A saber... Porque creé el vaso de leche...

Y le dieron toda la razón, los oficiales de la policía, con lo cual para qué lesuento. Se había hecho de noche y, como las lechuzas, como los búhos, Alfonso Barrantes Lingán cada vez veía más nítidamente cómo el pueblo peruano lo recordaba. El de hoy era un día de gloria para quien conoció el poder y lo despreció. Lloviznaba, se mojaba el tacataca, se empapaba toda posibilidad de ver algo por la luna delantera, y, cómo no, no funcionaban las plumillas. Y por la avenida del Ejército torcimos mal y nos metimos contra el tráfico por otra avenida, ahora sí, interminable. Tanto como los alardos, insultos, recuerdos a la familia, que recibimos. Pero, claro, como no se veía nada de nada pero la multitud realmente nos aclamaba y el vodka, el vino y el pisco son grandes estimulantes, Alfonso y yo le agradecímos a ese pueblo entrañable, por nuestras ventanillas laterales cada vez más abiertas, sí claro, siempre más y más entrañablemente abiertas. ¿Por qué diablos no te iba a acompañar yo con esos recuerdos, Alfonso?

**Alfredo Bryce Echenique.  
Perú, 1939. Escritor y novelista**



Alfredo Bryce Echenique

lado, para ver sus excelentes resultados, para alegrarme y festejar sinceramente, como amigo y como peruviano.

Todo esto, a la salida, una triunfal salida en la que los oficiales de la policía realmente le mostraron afecto y hasta le ofrecieron protección, porque cómo puede un hombre como usted andar por Lima sin protección, don Alfonso:

—Pues porque, como le vengo diciendo aquí, a mi querido amigo Alfredo, el pueblo peruano siempre me recordará por tres razones. A saber... Porque creé el vaso de leche...

Y le dieron toda la razón, los oficiales de la policía, con lo cual para qué lesuento. Se había hecho de noche y, como las lechuzas, como los búhos, Alfonso Barrantes Lingán cada vez veía más nítidamente cómo el pueblo peruano lo recordaba. El de hoy era un día de gloria para quien conoció el poder y lo despreció. Lloviznaba, se mojaba el tacataca, se empapaba toda posibilidad de ver algo por la luna delantera, y, cómo no, no funcionaban las plumillas. Y por la avenida del Ejército torcimos mal y nos metimos contra el tráfico por otra avenida, ahora sí, interminable. Tanto como los alardos, insultos, recuerdos a la familia, que recibimos. Pero, claro, como no se veía nada de nada pero la multitud realmente nos aclamaba y el vodka, el vino y el pisco son grandes estimulantes, Alfonso y yo le agradecímos a ese pueblo entrañable, por nuestras ventanillas laterales cada vez más abiertas, sí claro, siempre más y más entrañablemente abiertas. ¿Por qué diablos no te iba a acompañar yo con esos recuerdos, Alfonso?

**Alfredo Bryce Echenique.  
Perú, 1939. Escritor y novelista**

## La muerte del poeta Reynolds

*Gregorio Reynolds Ipiña. Sucre, 6 de noviembre de 1882  
La Paz, 13 de junio de 1948*

El poeta muerto es sólo una ficción de nuestra sensibilidad.

No muere el poeta. Su envoltura humana reducida a ceniza, es como el leño de sándalo que la combustión convierte en llama viva y perfumada.

La muerte del cisne es la transformación de la vida en canto.

Morir es la suprema transfiguración del alma del poeta.

En el rojo de la fragua se acendra el oro dejando en las cenizas la vana escoria. Es milagro del ascua de carbón el oro resplandiente.

Cumple la rosa la plenitud de su misión de belleza sólo cuando, tronchada por el jardinero, ocupa en el cristal del báculo el sitio propicio para perfumar un ambiente de amor. Es la muerte que se trae en perfume.

Pero, vano intento el pretender consolarnos de la terrible realidad de la muerte de nuestro gran Gregorio. Bien sabemos que todas estas filosofías panteísticas, son como el silbido del niño timorato en la oscuridad del aposento. Sólo sirven para disimular nuestra honda congoja.

Con la muerte de Reynolds desaparece uno de los más grandes poetas contemporáneos de América, como Rubén Darío, Jaimes Freyre, Lugones, Chocano. Reynolds fue el poeta más poeta de nuestra tierra.

Nadie como él cantó la Creación de Bolivia con una visión maravillosa de profeta bíblico que escudriña los arcanos del pasado y avisa el provenir más remoto. Como un gran filósofo de la historia y como un estadista que manipula los destinos de un pueblo, arrancó al misterio hondas verdades de supervivencia y eternidad de su pueblo y marcó rumbos luminosos a la patria futura.

Poeta de las altas cumbres y del Altiplano áspero y macho, cinceló en el grano eterno y en la nieve diamantina y en la lejanía azul hermana del cielo, poemas formidables hechos para siempre como nuestras montañas.

Ni Eliseo Reclus, ni Eustacio Rivera, ni ningún hombre de ciencia, poeta y novelista, pintaron como Gregorio Reynolds en su poema "El Beni", la vorágine amazónica, la Hilea paradisiaca del tercer día de la Creación. No ha habido quien le supere; habrá tal vez quien se le aproxime. Ciencia, cultura, visión profética, inspiración, belleza, son las características de ese fragmento de paraíso hecho poema.

¡Qué diremos de su "Cofre de Psiquis", qué de sus "Rosas" y "Bailarinas"!

El sensualismo llevado al grado de ebullición en unos poemas, el misticismo her-



mano de de Asís y trasunto de Kempis en otros. La efervescencia pagana y panteísta en muchos y el equilibrio aristotélico y la divina proporción en todos, forman la trama y la urdimbre multicolor, cuajadas de pedrerías orientales, de sus maravillosas creaciones poéticas.

El troquel de sus sonetos está forjado en bronce de campanas y cañones. Sus madrigales son delicados como orfebrerías bizantinas y frescos y risueños como paisajes de biombo japonés.

Uno de sus últimos poemas, "Omnipotencia", es un alarde magnífico de saber, de cultura y de audaz inspiración filosófica.

Sus próximos libros "Illimani" y "Arco Iris", que no alcanzarán a ver los ojos terrenales del gran aeda, son la obra maestra de la fecunda y multiforme obra de este opulento millonario de la inspiración y de la rima.

Mañana, cuando la sabiduría de los críticos haga la autopsia de la obra de Reynolds, hallará en el cerebro y en el corazón del artífice, estos cuatro elementos constitutivos: una gran cultura clásica, un dominio pleno del idioma de Cervantes, una técnica de versificación asombrosa y una inspiración divina. Con estos cuatro puntos cardinales, el mundo poético creado por Reynolds tendrá los caracteres de una obra perfecta e imperecedera.

Sus ojos mansos de niño triste, su rostro de viejo marfil perfilado como reliquia sagrada, su cabellera clara y risada que aureoló una frente luminosa cual resplandor de gloria, perdurarán en el recuerdo emocionado de cuantos admiraron y amaron a este gran San Gregorio de la poesía boliviana.

**Casto Rojas. Cochabamba,  
1879-1973. Fue académico  
de la Lengua y de la Historia.**

# Miguel de Unamuno

Miguel de Unamuno (Bilbao, 1864 – Salamanca, 1936). Poeta, novelista, ensayista y dramaturgo español. Perteneció a la Generación del 98. En poesía publicó: *Poesías* (1907), *Rosario de sonetos líricos* (1911), *El Cristo de Velázquez* (1920), *Andanzas y visiones españolas* (1922), *Rimas de dentro* (1923), *Teresa. Rimas de un poeta desconocido* (1924), *De Fuenteventura a París* (1925), *Romancero del destierro* (1928) y *Cancionero* (1953).



## De vuelta a casa

Desde mi cielo a despedirme llegas  
Fino orvallo que lentamente bañas  
Los robledos que visten las montañas  
De mi tierra, y los maices de sus vegas.  
Compadeciendo mi secura, riegas  
Montes y valles, los de mis entrañas,  
Y con tu bruma el horizonte empañas  
De mi sino, y así en la fe me anegas.  
Madre Vizcaya, voy desde tus brazos  
Verdes, jugosos, a Castilla enjuta,  
Donde fieles me aguardan los abrazos  
De costumbre, que el hombre no disfruta  
De libertad si no es preso en los lazos  
De amor, compañero de la ruta.

## Es una antorcha

Es una antorcha al aire esta palmera,  
Verde llama que busca al sol desnudo  
Para beberle sangre; en cada nudo  
De su tronco cuajó una primavera.  
  
Sin bretes ni eslabones, altanera  
Y erguida, pisa el yermo seco y rudo;  
Para la miel del cielo es un embudo  
La copa de sus venas, sin madera.  
No se retuerce ni se quiebra al suelo;  
No hay sombra en su follaje; es luz cuajada  
Que en ofrenda de amor se alarga al cielo;  
La sangre de un volcán que enamorada  
Del padre sol se revistió de anhelo  
Y se ofrece, columna, a su morada.

## A mi buitre

Este buitre voraz de ceño torvo  
Que me devora las entrañas fiero  
Y es mi único constante compañero  
Labra mis penas con su pico corvo.  
El día en que le toque el postre sorbo  
Apurar de mi negra sangre, quiero  
Que me dejéis con él solo y señorío  
Un momento, sin nadie como estorbo.  
Pues quiero, triunfo haciendo mi agonía  
Mientras él mi último despojo traga,  
Sorprender en sus ojos la sombra  
Mirada al ver la suerte que le amaga  
Sin esta presa en que satisfacía  
El hambre atroz que nunca se le apaga.

## La oración del ateo

Oye mi ruego Tú, Dios que no existes,  
Y en tu nada recoge estas mis quejas,  
Tú que a los pobres hombres nunca dejas  
Sin consuelo de engaño. No resistes  
A nuestro ruego y nuestro anhelo vistes.  
Cuando Tú de mi mente más te alejas,  
Más recuerdo las plácidas consejas  
Con que mi ama endulzóme noches tristes.  
¡Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande  
Que no eres sino Idea; es muy angosta  
La realidad por mucho que se expande  
Para abarcarte. Sufro yo a tu costa,  
Dios no existente, pues si Tú existieras  
Existiría yo también de veras.

## Horas serenas del ocaso breve

Horas serenas del ocaso breve,  
Cuando la mar se abraza con el cielo  
Y se despertas el inmortal anhelo  
Que al fundirse la lumbre, la lumbre bebe.

Copos perdidos de encendida nieve,  
Las estrellas se posan en el suelo  
De la noche celeste, y su consuelo  
Nos dan piadosas con su brillo leve.  
Como en concha sutil perla perdida,  
Lágrima de las olas gemebundas,  
Entre el cielo y la mar sobre cogida  
El alma cuaja luces moribundas  
Y recoge en el lecho de su vida  
El poso de sus penas más profundas.

## Si tú y yo,

## Teresa mía, nunca

Si tú y yo, Teresa mía, nunca  
Nos hubiéramos visto,  
Nos hubiéramos muerto sin saberlo:  
No habríamos vivido.  
Tú sabes que morirse, vida mía,  
Pero tienes sentido  
De que vives en mí, y viva aguardas  
Que a ti torno yo vivo.  
Por el amor supimos de la muerte;  
Por el amor supimos  
Que se muere; sabemos que se vive  
Cuando llega el morirnos.  
Vivir es solamente, vida mía,  
Saber que se ha vivido,  
Es morirse a sabiendas dando gracias  
A Dios de haber nacido.

El modernismo español, aunque con sus propias peculiaridades, comparte unas mismas preocupaciones, reacciona contra unos mismos estímulos (racionismo, industrialismo, sistema de valores burgués) y coincide en la búsqueda de soluciones de raíz netamente idealista, así como en una estética acorde con dicha ideología, el Simbolismo. A los estudios generales hay que añadir estudios concretos sobre diversos escritores, que, además de profundizar en la estética particular, han incidido también en las dos direcciones antes apuntadas. Sin embargo, un autor, Miguel de Unamuno, y, en particular, una parcela de su obra, la poesía, han escapado en gran medida a dicha revisión. Sobre esta sigue pesando el lastre de varios tópicos, nacidos ya de la incomprensión de algunos contemporáneos y alimentados por una crítica parcial y, a veces, tendenciosa.

La crítica anterior a 1940 –con la ilustre excepción de poetas como Rubén Darío, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez– fue bastante negativa con la poesía de Unamuno, legándonos de él la imagen de un “poeta de ideas”, poco hábil en el dominio de la forma y anclado en una estética decimonónica. Los juicios negativos se fueron matizando en el clima de la llamada rehumanización. En las décadas de los 40 y 50, Luis F. Vivanco, Pedro Salinas, J. M. Valverde y Luis Cernuda ensayan la revalorización de la poesía de Unamuno, pero atendiendo sobre todo a su contenido. Una nueva línea de aproximación es la abierta por Ricardo Gullón y Sánchez Ruiz, que inciden en el papel predominante que don Miguel concede a la palabra, frente a la idea. Además, R. Gullón y O. Macrì han defendido el modernismo unamuniano y han situado su poesía en el contexto adecuado, abriendo una línea seguida recientemente por Blasco, Celma y González. (María Pilar Celma Valero).

# La música contemporánea y el público en la América Latina

*Discurso del compositor, director de orquesta, investigador y docente paceño Cergio Prudencio escrito por encargo de la revista Dérives N° 47/48 - Musiques nouvelles d'Amérique Latine, Montréal en 1985*

## Primera de dos partes

Cuando la colonia europea trajo a la América Latina su tradición escrita de hacer música pudo apenas sobreponer –no imponer– una práctica cultural. Las manifestaciones originarias de este continente se mantuvieron (varias de ellas hasta hoy) casi indiferentes a la arremetida. Aunque es obvio que de forma mutua hubo influencias (en aparente equilibrio de fuerzas) que hasta dieron lugar a tercera opciones importantes, queda claro que los fundamentos conceptuales de las músicas aborigenes no se alteraron de modo sustancial.

La música de tradición escrita fue desde entonces en la América Latina expresión de las minorías dominantes, ámbito social en el que se arraigó no sólo durante la colonia sino hasta en las Repúblicas de los siglos XIX y XX. Largo tiempo en que se probó todo lo bien que nuestros creadores por solfa eran capaces de imitar, porque –sí– es cierto que desde muy temprano hubo compositores nativos (en sus más variados matices de mayor o menor blancura, criollos, negros, indios o mestizos) que cultivaron el arte musical de acuerdo a las normas de la tradición europea. Pero ese factor tampoco incidió favorablemente en la ampliación de los sectores receptivos de ese sofisticado arte.

En estos hechos tiene su antecedente primario la relación de la llamada música contemporánea y el público en la América Latina. Relación que –más allá del simple conflicto entre una sociedad y una determinada concepción estética– es reflejo histórico de una brutal y deshonesta confrontación de culturas. Por ello, cuando hablamos de la cultura latinoamericana –en su definición, proyecciones y problemática– la referencia es a un proceso dual, de pugna, de polarización dialéctica, integrado por una vertiente originaria y otra foránea.

La primera de ellas se ha constituido en tradición dinámica, viva, mutante; no petrificada. Es heredera, pero también inventora. Es auténtica y honesta. La evolución de sus expresiones no es extintiva. Es más bien diversificadora y ellas –por eso– poseen poder de convocatoria masiva. En efecto, la música hoy en esta línea histórica es ampliamente participativa, espontánea, significativa y trascendente. Es decir que su alcance público abarca campos abrumadoramente mayoritarios de la población, gracias (quizá) a que la contemporaneidad no ha marginado de la acción creadora al protagonista colectivo. Su valor no radica en el pintoresquismo folclórico a que se la reduce (observación etnocentrista), sino en el sentido profundo –ya sea de razón mística, pagana (por qué no) o social– que tiene para los hombres hijos de ese ambiente.

La otra vertiente se ha atrincherado en la institucionalidad cultural de los Estados. Opera en terrenos como el de la estructuración de organismos y programas educativos (en todos sus niveles). Así, por ejemplo, la “educación musical” está únicamente entendida como la enseñanza y el aprendizaje de nociones conceptuales europeas, las más de las veces



descontextualizadas y reducidas a categoría de catálogo normativo. Nuestros centros de “formación” (¿deformación?) temperan, metrifican, grafican (entre otras aberraciones) el sentido musical del educando, cuyas referencias propias de origen ambiental sobre la praxis musical son casi siempre antagónicas con esos criterios. Opera también en el campo de los órganos de difusión, predeterminando sus formas, connotándolos de rango y jerarquía (cuyo trasfondo es esencialmente clasista) y –lo que es peor– ubicándolos en una categoría “oficial” de cultura. Teatros (salas), orquestas, coros, grupos, solistas, consagrados a la incansable y sistemática repetición de un estrecho y estereotipado repertorio, importado de la Europa Central con un retraso de entre 100 y 250 años (ni más ni menos), tarea esta, inconsistente, superficial anodina, que no ha podido captar el interés del gran público, pero sí toda la atención presupuestaria e infraestructural de las instancias de autoridad y poder.

Dentro de este mismo orden –transponiendo la figura a nuestro tiempo– hay que tomar en cuenta otro componente. Cuando los problemas de la contemporaneidad sigloveintista europea nos llegaron con sus conflictos estéticos y técnicos, con su hecatombe de principios caídos y proclamas rebeldes, con su radicalización sectarizada de tendencias, los círculos de intelectuales latinoamericanos tomaron partido en el problema y asumieron militancias en una u otra línea. Así, los identificados con posiciones renovadoras se vieron de pronto frente a auditórios casi ausentes. La clase dominante en la América Latina, como consumidora de arte, había asimilado, de su modelo metropolitano hasta el vicio por la repetición

del estímulo estético complaciente, placer que no hallaron más en los exigentes y agresivos lenguajes modernos. Consecuentemente, la proyección de la música de vanguardia, como último estadio de ese afluente cultural injerto, redujo su alcance comunicativo aún dentro del ya limitado ámbito social en que tuvo lugar.

Pero el carácter siempre referencial de la vida cultural en este contexto no previó, en este caso, que de su propio mecanismo pudiera derivarse una antinomia. Los latinoamericanos que revisaron, cuestionaron y reformularon el orden que la música de tradición escrita venía conservando desde hacía dos siglos, estaban –es cierto– reeditando (como lo venían haciendo nuestros músicos desde el comienzo de la conquista) una situación originada al otro lado del océano Atlántico. Pero la circunstancia era distinta, el trasplante esta vez, lejos de reforzar la presencia cultural dominante, la enfrentaba, la contravenía. En efecto, todo planteamiento teórico o práctico trasgresor del dominio tonal poseía en potencia una enorme carga explosiva de trascendencia hasta en lo político y social.

Los nuevos conceptos no sólo descalificaron una manera convencional de hacer música, sino que conllevaron una aguda amenaza a la estabilidad del sistema burgués implantado en la América Latina.

(La crisis estética coincidía con la crisis socioeconómica que se producía en varios puntos del continente.) Por eso en un momento la línea de creación antitonal implicó un término contestatario, provocador y hasta revolucionario. Así como la línea contraria identificada con las tendencias “neoclásica”, “neorromántica”, “neonacionista” y otros manierismos tonales, caracterizó (caracteriza en verdad a un pensamiento profundamente reaccionario y consolidatorio de un estado general decadente).

Pero nuestros creadores más lúcidos, aparte de asimilar innovadoras técnicas y modernos lenguajes, habían configurado una conciencia propia: no era ya objetivo asemejarse al modelo sino más bien diferenciarse, caracterizarse, identificarse. De esta autoexigencia surgió un cambio de actitud substancial; por primera vez comenzó a observarse valorativamente la realidad cultural de las mayorías marginales de este continente, realidad que, para el artista enfrentado con las estructuras institucionales de su propio medio, era potencialmente una aliada. Y es justamente esa aliada la que aportó (aporta) los elementos fundamentales al propósito de definir una identidad propia en la música de tradición escrita latinoamericana.

continuará

## BARAJA DE TINTA

### De Jorge Ibargüengoitia a su esposa, la pintora Joy Laville

Lo primero que vi de Joy Laville fue un cuadro que compraron los Ezcurdia cuando yo estaba en Guanajuato. Era un gato echado en una silla –el retrato de Stanley, supe después; Stanley era un gato que tenía tics nerviosos, que era de Joy, que desapareció un día y que, años después, vimos pasar caminando por una barda vecina, más nervioso que nunca, una tarde que estábamos sentados en la azotea tomando tequila-. Bueno, pues en el momento en que vi el retrato de Stanley supe que algo no terrible, pero sí irremediable, me iba a ocurrir.

“Este cuadro –me explicó Manuel Ezcurdia cuando notó que yo estaba absorto contemplándolo– lo hizo Joy Laville, una pintora inglesa que vive en San Miguel Allende.”

Pocos meses después nos conocimos. Nuestro primer encuentro fue por causa de un pleito. Joy trabajaba en una librería y yo estaba encargado de formar una biblioteca. Nos mandaban los libros, pero no las facturas, por lo que un día hice el viaje a San Miguel para hacer una reclamación en serio. La dueña de la librería nos presentó a Joy y a mí; nos dejó solos en un cuarto. Estuvimos varias horas cotejando listas y cuando salimos no pude decir que estuvíramos enamorados, pero sí amarrados. Nos despedimos con la tranquilidad de quien se ha enfrentado a su destino.

Si se entiende que las parejas deben ser complemento, la nuestra es un desastre. En vez de que lo que le falta a uno lo tenga el otro, hemos logrado una composición de deficiencias: ninguno de los dos sabe manejar, a los dos nos da horror hablar por teléfono, hace unos días descubrimos que no solo ninguno de los dos sabe poner inyecciones, sino que ninguno de los dos se había fijado cómo se rompen las ampolletas, etc.

Ella pasa entre cinco y siete horas diárias frente a un cuadro, haciéndolo, y otras dos o tres contemplándolo y haciendo gestos de esos que dicen que hacen los pintores, que consisten en cerrar un ojo y hacer ángulos con los dedos para transportar las distancias y estudiar la composición.

Una de las cosas que más me gustan de mi mujer, como pintora, es que no dice frases célebres. Nunca la he oido exclamar, por ejemplo, “yo lo que quiero expresar son las fuerzas telúricas”, o peor: “Pinto porque me duele la vida”, etc. En el fondo, creo que otro de los defectos que tenemos en común

es lo inarticulado, ella tiene tan poco que comentar de su pintura como yo de mi matrimonio.

Es una pintora sin trucos, sin moda, sin doctrina. Ni protesta ni acepta. Hace lo suyo, con gran talento. Su dedicación y su preocupación por sus obras me llenan de envidia. Cuando viene el camión de mudanzas y se lleva los cuadros a la galería para

Bell, el gordo Bell, y una muchacha que se parecía a una amiga nuestra llamada Enriqueta, se llamó Enriqueta Bell. Pasó más tiempo y Joy se hizo relativamente amiga de Enriqueta Bell, al grado que decidió mandarle una invitación para una exposición. A la hora de rotularla descubrimos que no teníamos la más remota idea de cómo se llamaba Enriqueta Bell.

favor, unos Raleigh con boquillo.”

Vive en San Miguel Allende, en una casa blanca, con geranios y una vista estupenda; pinta seis horas diarias, siete días a la semana; a veces, en las noches, toca el chelo y la flauta dulce con un grupo de aficionados a la música de cámara. “Hago un ruido espantoso”, confiesa, resirriendose a su manera de tocar el chelo.

Recibe una correspondencia abundante y extrañísima.

Un día vi, sobre su mesa, una tarjeta postal que decía: “Estamos en Chudra Putra, mañana salimos para los Himalaya. Wish you were here.”

Todas las mañanas se sienta frente a un caballete y pasa el día manchando papel con gises de colores. A veces, el cuadro queda listo en unas cuantas horas; otras, se va transformando, y lo que era florero al principio pasa a ser sillón y después mujer desnuda; lo que era rojo se vuelve púrpura y lo que era amarillo, verde; el mar encoge, el cielo se nubla, la mujer desaparece. A veces el papel seatura de color antes de que el cuadro esté terminado y hay que echarlo en la basura; otras, un momento de indecisión provoca un error irreparable y un buen cuadro se arruina.

Las relaciones de la pintura de Joy Laville con la realidad son bastante extrañas. Un solemne sillón rojo, con orejeras, que está en uno de los salones más respetables de San Miguel Allende, aparece en uno de los cuadros. Ahora bien, la última vez que vi este sillón estaba ocupado por una mujer, vestida de rojo, que había reseñado esa tarde a Stendhal para practicar su francés y poder conversar brillantemente con Nathalie Sarraute. La reunión fue muy apacible y tomamos té con galletas hechas en casa. En el cuadro, el mismo sillón está ocupado por una joven desnuda, probablemente mulata, que habría hecho mucho más divertida, aunque más breve, la reunión con Nathalie Sarraute.

Los cuadros de Joy Laville no son simbólicos ni alegóricos ni realistas. Son como una ventana a un mundo misteriosamente familiar; son enigmas que no es necesario resolver, pero que es interesante percibir. El mundo que representan no es angustiado, ni angustioso, sino alegre, sensual, ligeramente melancólico, un poco cómico. Es el mundo interior de una artista que está en buenas relaciones con la naturaleza.



Jorge Ibargüengoitia

que se monte la exposición, me doy cuenta de que mi mujer siente que la casa se ha quedado sola y que ella está desamparada.

A parte de ella pintar y de yo escribir, jugamos ajedrez. Cuando ella gana, que es con frecuencia, a mí me entran depresiones melancólicas. En estos casos, ella tiene la tendencia a entrar en la cocina a freír hamburguesas y yo tengo la tendencia a preparar cocteles que a ella no le gustan.

Joy tiene una bolsa que se cuelga en el hombro, que pesa dos kilos y medio. Cada vez que no tengo dinero suelto y le pido cambio, ella mete la mano a la bolsa y primera saca el telegrama que le mandé en 1966, que dice: “Llego jueves siete y media besos”, después el tapón de una botella de champán que nos tomamos en el Año Nuevo de 1969, una cuenta del supermercado, una media corona, un botón y por fin un peso.

Tiene un sistema para bautizar que es tan efectivo que podría dar al traste con la nomenclatura real de las cosas. Por ejemplo, un primero de mayo, hace algunos años, vimos que un señor que vivía en un departamento vecino colocaba una campanita junto a la entrada de su casa. Ese día Joy bautizó al señor Mister Bell. Con el tiempo, toda la familia que vivía en el departamento de la campana se llamó: la señora Bell, los niños

Joy Laville salió de Inglaterra en 1946 y tardó diez años en llegar a México. El primer contratiempo lo tuvo en Irlanda: había vientos contrarios y el avión necesitaba llevar, en previsión, una cantidad extra de gasolina. Fue necesario dejar en tierra a los tres pasajeros menos importantes, que fueron: un estudiante argentino, un exdiplomático francés que había formado parte del gabinete del mariscal Pétain y Joy Laville.

Vivió mucho tiempo en la costa occidental del Canadá. “El paisaje es imponente, pero los habitantes te invitan a cenar y para agasajarte ponen en el tocadiscos un concierto de gaitas escocesas.”

Llegó a México sin conocer a nadie, ni hablar una palabra de español. Alguien le había dicho que aquí el agua era venenosa y se lavaba los dientes con ginger ale. El paisaje mexicano la cautivó desde el primer momento. “En cualquier parte que estés, hacia donde quiera que mires, siempre hay un elemento dramático.”

Se adaptó a tal grado que piensa que no le sería posible vivir en otro país. Sin embargo, aunque sabe que el agua no es venenosa, prefiere tomarla hervida y habla español con gran timidez. Entra en un estanquillo, por ejemplo, y dice: “Me da, por

Jorge Ibargüengoitia. México, 22 de enero de 1928 – Madrid, 26 de noviembre de 1983. Dramaturgo, narrador, traductor, ensayista y periodista  
Joy Laville. Inglaterra, 8 de septiembre de 1923. Nacionalizada mexicana. Pintora escultora especializada en esculturas de bronce, serigrafía, óleo, pintura acrílica y grabados de aguafuerte.